

D. 14 del tiempo ordinario / B

Acabamos de iniciar el mes de julio. En todo el hemisferio norte del planeta está recién estrenado el verano y comienza el tiempo de vacaciones. Esto modifica, en muchas ocasiones, nuestras asambleas dominicales. En algunos lugares vemos caras nuevas de los turistas que han venido a veranear. Debemos hacer lo posible por que se sientan acogidos: un saludo en la monición inicial (en diferentes lenguas si provienen de otros países), una petición que recuerde a los que están de viaje (teniendo en cuenta además que hoy celebramos la Jornada de responsabilidad del Tráfico)... En otros pueblos y ciudades, por el contrario, se merma la comunidad al marchar algunos de sus integrantes a otros sitios para disfrutar de su tiempo vacacional. Esto no debe desmotivarnos y no preparar suficientemente la celebración. Por otra parte, todos los países del hemisferio sur viven una realidad muy diferente, ya que se adentran en el invierno.

Las lecturas de este domingo nos hablan de rechazo. En la primera lectura, Ezequiel es enviado como profeta por Dios al pueblo de Israel; un pueblo rebelde que no hace caso a Dios. San Pablo en la segunda lectura menciona *insultos, privaciones, persecuciones y dificultades sufridas por Cristo*. Y, finalmente, Jesús es despreciado por sus paisanos en el episodio evangélico de hoy. Para manifestar que nosotros, en cambio, no rechazamos a Jesús sino que él es nuestro camino podríamos emplear la plegaria eucarística V/b titulada «Jesús, nuestro camino».

● RECHAZO

Las lecturas de este domingo, concretamente la primera y el evangelio, tienen como tema el rechazo que sufren tanto el profeta Ezequiel como Jesús. Aunque ambos sufren desprecio, las causas que lo motivan son diferentes en cada caso.

Ezequiel no va a gozar de éxito pues el pueblo al que dirige su mensaje es un *pueblo rebelde* cuyos *hijos son testarudos y obstinados*. Éstos no hacen caso a las palabras del profeta porque denuncian la situación pecaminosa en la que viven habiendo abandonado la alianza de Dios. En definitiva, les incomoda el mensaje de Ezequiel y éste, como ocurrió con otros profetas, no es aceptado por el pueblo de Israel.

En el evangelio son los paisanos de Jesús quienes le rechazan porque se extrañan de la sabiduría de quien para ellos es *el carpintero, el hijo de María, hermano*

de Santiago y José y Judas y Simón. Jesús no procede como ellos desean, no actúa según el patrón que le corresponde. De tal modo que como se sale de la plantilla que tienen preconcebida sobre él, lo desprecian. Este rechazo no es un hecho aislado. Ya san Juan comienza su evangelio diciendo que *vino a los suyos y los suyos no le recibieron*. Y la máxima expresión de este rechazo será la condena a morir en la cruz.

También en nuestra sociedad Jesús no es aceptado. Nosotros mismos podemos arrinconar determinadas palabras o exigencias suyas porque nos resultan incómodas. Así, al igual que el pueblo de Israel hacía con los profetas, no lo acogemos porque no nos gusta lo que nos dice.

Y, por otra parte, también podemos repetir las mismas actitudes de los paisanos de Jesús. Nos hemos forjado una idea de Dios, tenemos diseñado qué debe hacer y qué no debe hacer Dios en nuestra vida o en el mundo, y cuando su proceder no se ajusta a nuestro cliché lo dejamos de lado, pensando que quien se equivoca es Dios y no nosotros.

● INCREDULIDAD

En nuestra sociedad del siglo XXI reina la incredulidad. Dios es rechazado abiertamente. La sociedad se va descristianizando progresivamente. Y la gente vive como si Dios no existiera. Quizá el fallo parte de una mala evangelización, pues la gente nunca ha experimentado el amor de Dios ni se han sentido *liberados de la esclavitud del pecado* (oración colecta) ni *partícipes de la vida del reino glorioso* (oración sobre las ofrendas). La religión a veces es más una ideología que un estilo de vida, faltando el encuentro personal con Cristo que marca para siempre y nos cambia ontológicamente. Esa experiencia vital que te configura la existencia de otra manera y te hace sentir sostenido por la gracia de Dios.

San Pablo es uno de los prototipos: tiene en el centro de su vida a Jesucristo y todo lo demás lo considera basura. Y es capaz de dar incluso su vida por el evangelio: *vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo*.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI